

MALORIE BLACKMAN

PARES y NONES



LA SOCIEDAD LES TRAZABA UN CAMINO,
EL AMOR LOS LLEVÓ POR OTRO

CROSS
BOOKS

Malorie Blackman

Pares y Nones



CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Noughts and Crosses*
© del texto: Oneta Malorie Blackman, 2001
© de la traducción: Victoria Simó, 2020
Título original: *An eye for an eye*
© del texto: Oneta Malorie Blackman, 2003
© de la traducción: Victoria Simó, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2020
ISBN: 978-84-08-22826-4
Depósito legal: B. 9.906-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Uno. Sephy

Agité los dedos de los pies y disfruté con el tacto de la arena cálida, que se colaba entre los pliegues de mi piel como polvos de talco. Hundiendo todavía más los pies en la arena seca y amarillenta, eché la cabeza hacia atrás. Hacía una preciosa tarde de agosto. Nada malo podía suceder en un día como ese. Y lo mejor de todo era poder compartirla, algo raro y especial en sí mismo, como yo sabía muy bien. Sonriendo de oreja a oreja, me volví para mirar al chico que estaba sentado a mi lado.

—¿Te puedo dar un beso?

Mi sonrisa se esfumó. Miré boquiabierto a mi mejor amigo.

—¿Cómo dices?

—Que si te puedo dar un beso.

—Y ¿por qué ibas a hacer eso?

—Para saber qué se siente —fue la respuesta de Callum.

—¡Puaj! En serio, ¡qué asco!

Arrugué la nariz. No pude evitarlo. ¡Un beso! ¿Por qué narices quería hacer Callum aquella... tontería?

—¿De verdad lo dices? —pregunté.

Callum se encogió de hombros.

—Sí, me gustaría.

—Bueno, vale. —De nuevo fruncí la nariz ante la perspectiva—. Pero ¡date prisa!

Callum se arrodilló a mi lado. Yo volví la cabeza y esperé con curiosidad creciente su siguiente maniobra. Torcí la cabeza a la izquierda. Él me imitó. La incliné a la derecha. Callum hizo lo mismo. Se movía como si fuera mi reflejo en el espejo o algo así. Rodeé la cara de Callum con las manos para que se quedara quieto.

—¿Quieres que incline la cabeza a la izquierda o a la derecha? —pregunté impaciente.

—Pues... ¿hacia qué lado la inclinan las chicas normalmente cuando las besan? —quiso saber.

—Y ¿qué más da? Además, ¿cómo quieres que lo sepa? —Puse mala cara—. ¿Me he besado con alguien alguna vez?

—Pues tuércela a la izquierda.

—¿Mi izquierda o la tuya?

—Esto... la tuya.

Hice lo que me pedía.

—Date prisa, que me va a dar tortícolis.

Callum se humedeció los labios antes de acercar la boca despacio a la mía.

—Ah, no, eso sí que no —retrocedí—. Sécate los labios.

—¿Por qué?

—Te los acabas de chupar.

—¡Ah! ¡Vale!

Callum se enjugó la boca con el dorso de la mano.

Me desplazé hacia delante para recuperar mi posición original. Con los labios bien cerrados, me pregunté qué debería hacer con ellos. ¿Poner morritos para que sobresalieran una pizca? ¿O quizá sonreír para que resultaran más grandes y atractivos? Solamente había besado a la almohada, para practicar. Esto era muy diferente... ¡e igual de ridículo!

—¡Date prisa! —insistí.

Dejé los ojos abiertos mientras Callum acercaba su cara a la mía. Sus ojos grises también me miraban. Me estaba po-

niendo bizca de tan cerca que lo tenía. Y entonces sus labios rozaron los míos. ¡Qué divertido! Pensaba que serían duros, secos y escamosos como la piel de un lagarto. Pero no. Sus labios eran suaves. Callum cerró los ojos. Pasado un momento, yo hice lo mismo. Nuestras bocas todavía se tocaban. Callum despegó los labios y, al hacerlo, abrió los míos. Nuestros alientos se mezclaron y yo noté el suyo calentito y dulce. Y entonces, sin previo aviso, su lengua acarició la mía.

—¡Puaj! —Me aparté al momento y saqué la lengua para limpiármela con la mano—. ¿Por qué has hecho eso?

—No ha estado mal, ¿no?

—No quiero que nuestras lenguas se toquen. —Negué con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque... —me estremecí solo de pensarlo— tu saliva se mezclará con la mía.

—¿Y? Los besos son así.

Lo medité.

—¿Y bien?

—¡VALE! ¡VALE! —Frunciendo el ceño, añadí—: ¡Hay que ver las cosas que hago por ti! Probemos otra vez.

Callum me sonrió y las estremitas de siempre asomaron a sus ojos. Ese es el problema: Callum me mira de una manera que nunca sé si se está burlando de mí. Antes de que pudiera cambiar de idea, sus labios ya rozaban los míos, tan suaves y delicados como antes. Su lengua se coló en mi boca y, después de la primera impresión, descubrí que no estaba tan mal. En realidad, resultaba bastante agradable en el sentido de que era asqueroso pensarlo, pero no hacerlo. Cerré los ojos y me dejé llevar por el beso. Su lengua se deslizó sobre la mía. Estaba caliente y húmeda, pero no me entraron náuseas. Y entonces mi lengua imitó sus movimientos. Empecé a sentirme un poco rara. El corazón me latía de un modo

extraño, como si tuviera hipo, y yo me sentí igual que si bajara por una montaña rusa a toda pastilla. Alguien me estaba haciendo nudos por dentro. Me aparté.

—Ya está bien.

—Perdona. —Callum se sentó.

—¿Por qué te disculpas? —me enfurruñé—. ¿No te ha gustado?

Se encogió de hombros.

—Ha estado bien.

Su respuesta me molestó. No sé por qué, pero no pude evitarlo.

—¿Has besado a alguna chica que no fuera yo?

—No.

—¿A alguna chica Par?

—No.

—¿A alguna chica Non?

—Te he dicho que no —resopló Callum exasperado.

—Y ¿por qué querías besarme?

—Somos amigos, ¿no? —replicó, como si fuera evidente.

Sonreí encantada.

—Pues claro que sí.

—Y si no besas a tus amigas, ¿a quién vas a besar? —sonrió él.

Me volví para mirar el mar. Brillaba como un espejo roto y cada fragmento era un prisma deslumbrante. Nunca dejaba de sorprenderme la belleza de la arena, el agua y la suave brisa en la cara. La playa privada de mi familia era mi sitio favorito del mundo entero. Kilómetros y kilómetros de costa, toda nuestra, quebrados tan solo por un par de señales para advertir que era propiedad privada y una vieja valla de madera en cada extremo, en la que Callum y yo habíamos horadado una entrada. Y allí estaba yo, con la persona que más

me gustaba. Me volví para mirarlo. Él me observaba con una expresión la mar de rara.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿En qué piensas? —pregunté.

—En ti y en mí.

—Y ¿qué piensas de nosotros?

Callum volvió la vista hacia el mar.

—A veces me gustaría que solo estuviéramos tú y yo en el mundo entero.

—Acabaríamos hartos el uno del otro, ¿no crees? —bromeé.

Al principio pensé que Callum no me iba a responder.

—Seph, ¿alguna vez has soñado con... escapar? Montar en el primer barco o avión que encuentres y viajar a donde sea. —Era imposible no darse cuenta de que había nostalgia en la voz de Callum—. Yo sí...

—Y ¿adónde irías?

—Ese es el problema —respondió él, que parecía triste de repente—. Este lugar es igual que el mundo entero y el mundo entero es igual que este lugar. ¿Adónde ir?

—Pero este sitio no está tan mal, ¿no? —le pregunté, con cuidado.

—Depende del punto de vista —replicó Callum—. Tú estás dentro, Sephy. Yo no.

No supe qué responder, así que no dije nada. Guardamos silencio un buen rato.

—Vayas a donde vayas, te acompañaré —decidí—. Aunque seguro que no tardas nada en hartarte de mí.

Callum suspiró. Un suspiro largo, cargado de sentimiento, que me hizo sentir como si hubiera suspendido un examen al que ni siquiera me había presentado.

—Será mejor que nos pongamos las pilas —dijo por fin—. ¿De qué va la clase de hoy, profe?

Me invadió una profunda desilusión. Pero, bueno, ¿qué esperaba? «Sephy, yo jamás me hartaría de ti, de tu presencia, de tu compañía. ¡Eres fascinante, emocionante, brillante!» Sí, claro... «¡Sigue soñando, Sephy!»

—Bueno, y ¿qué vamos a hacer hoy? —Ahora la voz de Callum delataba impaciencia.

—¡Vale, vale! —repliqué exasperada. ¡Por favor! El sol brillaba demasiado y el mar estaba demasiado azul como para hacer deberes—. Callum, ya has aprobado el examen de ingreso. ¿Por qué tenemos que seguir con las clases?

—No quiero darles excusas a los profesores para que me expulsen.

—¿Todavía no ha empezado el curso y ya estás pensando en la expulsión? —Yo no entendía nada. ¿Por qué desconfiaba tanto de mi colegio?—. No tienes que preocuparte. Ya estás dentro. Te han aceptado.

—Estar dentro y ser aceptado son cosas distintas. —Callum se encogió de hombros—. Además, quiero aprender tanto como pueda para no parecer tonto.

Me incorporé a toda prisa.

—Se me acaba de ocurrir una cosa. A lo mejor te ponen en mi clase. Ay, espero que sí —me ilusioné—. Sería genial, ¿verdad?

—¿Tú crees?

Intenté (sin éxito, me parece) disimular que había herido mis sentimientos.

—¿Tú no?

Callum me miró y sonrió.

—No se contesta una pregunta con otra —se burló de mí.

—Y ¿por qué no? —me obligué a sonreírle a mi vez.

Por sorpresa, Callum me tiró sobre la arena. Indignada, gateé deprisa y corriendo para ponerme de rodillas delante de él.

—¿De qué vas? —resoplé.

—De gracioso —replicó él con una sonrisa burlona.

Nos miramos y estallamos en carcajadas. Yo fui la primera en dejar de reír.

—Callum, ¿no te... no te gustaría que te pusieran en mi clase?

No pudo mirarme a los ojos.

—Es un poquitín... humillante que nos obliguen a estar con los pequeños por el hecho de ser Nones.

—¿Qué quieres decir? Yo no soy pequeña. —Me levanté de un salto y lo fulminé con la mirada.

—¡Venga, Sephy, tengo quince años, por favor! Dentro de seis meses cumpliré dieciséis y tendré que compartir clase con niños de doce y trece años. ¿A ti te gustaría aprender con chicos que son un año más jóvenes que tú, como poco? —preguntó Callum.

—Pues... bueno... —Volví a sentarme.

—¡Exacto!

—Cumpliré catorce dentro de tres semanas —protesté reacia a dejar el tema.

—Esa no es la cuestión y lo sabes.

—Pero el colegio ha explicado el motivo. Vas un curso atrasado como mínimo y...

—Y ¿quién tiene la culpa? —replicó Callum con repentina amargura—. Hasta hace nada solamente nos permitían estudiar hasta los catorce, y en colegios para Nones, que no tienen ni la cuarta parte del presupuesto ni de los recursos con los que cuentan vuestras escuelas.

No supe qué responder.

—Lo siento. No quería tomarla contigo.

—Ya lo sé —dije—. ¿Algún compañero de tu antiguo cole irá contigo a Heathcroft?

—No. No han admitido a ninguno —respondió Cal-

lum—. Y yo tampoco habría entrado si tú no me hubieras ayudado.

Lo dijo en tono de acusación. Sentí deseos de pedir perdón y ni siquiera sabía por qué.

Callum suspiró.

—Venga, será mejor que nos pongamos a trabajar...

—Vale. —Me di la vuelta hacia la mochila para extraer los libros de texto—. ¿Por dónde quieres empezar? ¿Mates o historia?

—Mates. Me gustan las mates. —Negué con la cabeza. ¿Cómo era posible que a alguien en su sano juicio le gustaran las mates? Lengua era mi asignatura favorita, seguida de Biología Humana, Sociología y Química. Mates competía con Física por el último puesto de mi lista—. Muy bien. Te explicaré lo que he repasado esta semana y luego me lo explicas tú a mí.

Callum soltó una carcajada.

—Deberías interesarte más por las mates. Es el lenguaje universal.

—¿Quién lo dice?

—Cualquiera que tenga dos dedos de frente. Piensa en todos los dialectos distintos que se hablan en nuestro planeta. El único lenguaje que no cambia, sea cual sea el idioma, son las mates. Y es probable que suceda lo mismo en otros planetas.

—¿Perdona?

—Seguramente será el lenguaje que usemos para comunicarnos con los extraterrestres cuando vengan a visitarnos, o nosotros a ellos. Les hablaremos en matemáticas.

Miré a Callum estupefacta. A veces, cuando hablaba con él, los diecisiete meses que nos separaban se me antojaban siete años.

—¿Me... me tomas el pelo?

La sonrisa de Callum no me lo aclaró.

—¡Basta! Me está entrando dolor de cabeza —me enfurruñé—. ¿Podemos ponernos a trabajar y olvidarnos de los extraterrestres un rato?

—Vale —asintió Callum por fin—. Pero, Sephy, deberías tener una mentalidad más abierta. Ampliar tus horizontes, considerar la posibilidad de que existan otras culturas y otros planetas. No sé, pensar en el futuro.

—Ya tendré tiempo de sobra para pensar en el futuro cuando sea mayor y no me quede tanto por delante, muchas gracias. Y mis horizontes ya son bastante amplios.

—¿Sí? —preguntó Callum, despacio—. Hay vida más allá de nosotros, los Nones, y vosotros, los Pares.

Se me hizo un nudo en la barriga. Las palabras de Callum escocían. ¿Por qué?

—No digas eso...

—¿Que no diga qué?

—Nosotros, los Nones, y vosotros, los Pares. —Negué con la cabeza—. Es como si dijeras... que tú estás en un sitio y yo estoy en otro, separados por un muro inmenso.

Callum clavó la vista en el mar.

—Puede que estemos en sitios distintos.

—No, no es verdad. Si no queremos que sea así, no lo será. Le pedí a Callum que me mirara, mentalmente.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—Lo es.

—Tal vez desde tu posición. —Por fin volvió la vista hacia mí, pero su expresión cortó la frase que tenía en la punta de la lengua. Y luego, sin razón aparente, su rostro se despejó y reapareció su sonrisa fácil—. Eres muy joven, Sephy.

—Solo soy un año y unos meses más joven que tú, así que no te pongas en plan condescendiente. —Ahora echaba chispas—. Ya tengo que aguantar bastante en casa.

—¡Vale, vale! ¡Perdona! —Callum levantó la mano con gesto apaciguador—. Venga, ¿nos ponemos con las mates?

Todavía enfadada, abrí el libro de texto. Callum se arrimó a mí hasta que nuestros brazos estuvieron en contacto. Noté su piel tibia, casi caliente, ¿o era la mía? Me costaba distinguirlo. Le tendí el libro y observé cómo se enfrascaba en los polígonos.

Callum era la única persona del mundo a la que podía decirle todo lo que se me pasaba por la cabeza. Así pues, ¿por qué notaba ahora esta... falta de sintonía? Como si él fuera muchos pasos por delante de mí. Parecía mayor de repente, no solo en edad, sino en conocimientos y experiencias. Sus ojos no aparentaban quince años, sino muchos más. Los míos eran distintos; reflejaban mis catorce años menos el mes que faltaba para mi cumple. Ni un día menos y, desde luego, ni uno más. No quería que las cosas cambiaran entre nosotros... nunca. Pero en este momento me sentía igual que si me plantara en la playa y le ordenara al mar que no volviera a moverse.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó Callum, señalando un ángulo inferior en un octógono regular.

Sacudí la cabeza a la vez que me decía a mí misma que me preocupaba sin motivo. Nada se interpondría nunca entre Callum y yo. No lo permitiría. Y él tampoco. Necesitaba nuestra amistad tanto como yo.

«Necesitaba»... Qué manera tan rara de expresarlo. ¿Por qué lo había pensado de ese modo, como una necesidad? No era lógico. Yo tenía amigos en el cole. Y una familia numerosísima, con primos, tíos, abuelos, «tíos no sé qué» y «bisa no sé cuántos» a los que enviar felicitaciones de Navidad y cumpleaños. Pero mi relación con Callum era distinta. Levantó la vista con impaciencia. Le sonreí. Se quedó mirándome un momento como extrañado y luego me devolvió la sonrisa.

—Mira, esto va así —empecé, y clavamos los ojos en el libro mientras procedía a explicárselo.

—Será mejor que volvamos... antes de que tu madre envíe a toda la policía del país a buscarte —dijo Callum por fin.

—Supongo que sí. —Recogí las sandalias y me levanté. En ese momento se me ocurrió una idea genial—. ¿Por qué no vamos a tu casa? Hace siglos que no paso por allí. Podría llamar a mi madre cuando lleguemos y...

—Mejor no —replicó Callum, negando con la cabeza. En realidad, empezó a negar antes de que yo terminara de hablar. Recogió mi bolsa y se la echó al hombro.

Miré a Callum, molesta.

—Antes entrábamos y salíamos de la casa del otro como si fuera la nuestra...

—Eso era antes. Dejémoslo así de momento, ¿vale?

—¿Por qué ya nunca voy a tu casa? ¿No soy bienvenida?

—Pues claro que sí. Pero es mejor la playa.

Callum se encogió de hombros y echó a andar.

—¿Es por Lynette? Porque si es por eso, no me importa que tu hermana esté... esté... —Dejé la frase en suspenso cuando la furia asomó a su cara.

—¿Esté... qué? —preguntó él indignado.

—Nada. —Me encogí de hombros—. Perdona.

—No tiene nada que ver con Lynette —gruñó Callum.

Cerré el pico. Por lo visto, hoy sufría un caso agudo de facilidad para meter la pata. Emprendimos el regreso en silencio. Remontamos la desgastada escalinata de piedra, lisa como la seda por la procesión de miles de paseantes a lo largo de los siglos, y ascendimos junto al acantilado hasta desviarnos tierra adentro, lejos del mar. Oteé el paisaje más allá de las praderas, hacia el caserón que dominaba las vistas de

kilómetros a la redonda. La casa de campo de mis padres. Siete dormitorios y cinco salones para cuatro personas. Menudo desperdicio. Cuatro personas en una vivienda tan grande; cuatro guisantes solitarios rodando por una lata. Todavía faltaba un buen trecho para llegar a la residencia, pero se erguía sobre nosotros como un gigante que todo lo ve. Fingí no darme cuenta de que Callum se estremecía al verla. Con razón yo prefería las risas de su casita al majestuoso silencio de la mía. Seguimos andando varios minutos sin pronunciar palabra hasta que Callum redujo el paso antes de detenerse por completo.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Es que... —Callum se volvió para mirarme—. Da igual. ¿Me abrazas?

¿Por qué estaba de un humor tan raro? Después de titubear un momento, decidí no preguntar. Callum parecía distinto. El brillo travieso que asomaba a sus ojos cada vez que me miraba y que yo creía eterno se había esfumado por completo. Nubarrones oscurecían el gris de sus iris, que ahora parecían atormentados. Se peinó el cabello castaño y corto con los dedos en un gesto casi nervioso. Con los brazos abiertos, avancé hacia él. Lo envolví en un abrazo y le apoyé la cabeza en el hombro. Él se aferraba a mí con todas sus fuerzas, pero no articuló palabra. Contuve el aliento para que el estrujón no me doliera. Y justo cuando pensaba que tendría que quejarme o protestar, Callum me soltó.

—No puedo acompañarte más lejos —dijo.

—Solo hasta el jardín de las rosas.

—Hoy no. —Callum negó con la cabeza—. Tengo que irme.

Me tendió la mochila.

—Te veo mañana después de clase, ¿no? ¿En el sitio de siempre?

Callum se encogió de hombros. Ya se estaba alejando.

—¡Espera! ¿Qué te pa...?

Pero había echado a correr, cada vez más deprisa. Me quedé mirando cómo mi mejor amigo se alejaba de mí con las manos en los oídos. ¿Qué le pasaba? Seguí caminando en dirección a mi casa con la cabeza gacha, rumiando la respuesta.

—¡PERSEPHONE! ¡ADENTRO! ¡AHORA!

Levanté la vista de sopetón al oír los gritos de mi madre. Bajaba la escalera a toda prisa, con una expresión arisca y feroz..., como siempre. Al parecer no había tomado tantas copas de vino como tenía por costumbre o no estaría de tan mal humor. Me volví para mirar la ruta que había tomado Callum para marcharse, pero ya no lo veía; tanto mejor. Mi madre me agarró del brazo con dedos de hierro que se me clavaron como tenazas.

—Hace media hora que te estoy llamando.

—Pues haber gritado más. Estaba en la playa.

—No seas impertinente. Te he dicho que hoy no te alejaras.

Mi madre empezó a arrastrarme hacia la escalera.

—¡Ay!

Acababa de golpearme la espinilla contra uno de los pedregales de piedra porque no me había dado tiempo ni a apoyar el pie. Intenté frotarme la zona enrojecida, pero ella ya me arrastraba otra vez.

—Suéltame. No tires de mí. No soy una maleta. —Me la quité de encima.

—Entra en casa ahora mismo.

—¿Dónde está el incendio? —Fulminé a mi madre con la mirada mientras me frotaba el brazo.

—No vuelvas a salir en todo el día.

Se metió en casa y no tuve más remedio que seguirla.

—¿Por qué no?

—Porque lo digo yo.

—Pero ¿qué...?

—Y deja de hacer preguntas.

La miré enfadada, pero ella no se dio por aludida, como de costumbre. A ella, mis caras largas no la afectaban lo más mínimo. La tarde cálida y maravillosa quedó relegada al mundo exterior en cuanto cerramos la puerta principal. Mi madre era una de esas mujeres «refinadas» capaces de cerrar una puerta en silencio con la misma contundencia que si pegara un portazo. Cada vez que posaba los ojos en mí, adivinaba en ella el deseo de que yo fuera más femenina, como la repelente de mi hermana mayor, Minerva. Usaba el diminutivo Minnie cuando quería fastidiarla, porque ella lo odiaba con toda su alma. Lo usaba constantemente. Minnie adoraba nuestra casa tanto como yo la detestaba. La calificaba de «señorial». En mi opinión, parecía un museo deprimente; toda suelos fríos, columnas de mármol y tallas de piedra que a las revistas de papel cuché les encantaba fotografiar pero donde nadie con dos dedos de frente querría vivir.

Daba gracias a Dios por Callum. Con una sonrisa secreta, celebré para mis adentros los acontecimientos del día. Nos habíamos besado. ¡Toma ya!

¡Callum y yo nos habíamos dado un beso de verdad!

¡Hala! ¡Qué pasada!

Mi sonrisa se esfumó despacio cuando un pensamiento espontáneo se coló en mi cabeza. Tan solo un pequeño detalle había roto la perfección de aquel día. Todo sería maravilloso si no tuviéramos que andar viéndonos a escondidas.

Si Callum no fuera Non.